

Aquello que se ve

Ludmila Lopez

RELATOS BREVES  
- ESO QUE SE SIENTE -

**LOPEZ LUDMILA**

## Capítulo 1

La histórica casona de José amaneció pintada. ¿De qué color ves al miedo? Decía con aerosol verde musgo y prolijamente resaltaba cada letra en plateado, dándole un brillo especial que te hacía detenerte a mirar.

Justina había entrado a la tercera edad, o al menos eso dijeron sus hijos cuando la convencieron de vender su casa y alquilar una habitación en el hogar de ancianos "Días felices". Era domingo, y se estaba yendo a almorzar con la familia. Subió al auto con su nuera cuando la frase en la pared le impactó de lleno. ¿De qué color ves al miedo? Leyó despacito. Y largó un suspiro de los que duelen. Su yo interior respondió enseguida, sin dejarla percatarse, del color de la muerte dijo, y para mí la muerte es rosada como todo este hospital con olor a viejos en el que me encerraron. Cerró de un golpe la puerta del Mercedes Benz nuevo y se fue a caminar por la costanera sola, los domingos de ahora en más no son para su familia.

Andrés venía por Urquiza en su patineta, detrás de sus auriculares Luis Alberto le cantaba al amor, y él gritaba con euforia cada palabra de la canción. Llega a la esquina de Roca, y el semáforo cambia a rojo. Frena de golpe, y levanta su vista. ¿De qué color ves al miedo? Grita. Y recuerda las largas horas que pasó en la sala de espera de esa clínica lujosa que tanto habitaba su papá. Del olor a bar que le quedaba en la ropa después de cargarlo extensas cuerdas hasta que alguien lo atendiera. De la vez que lo descolgó de la soga. Y entonces le responde a la pared, con bronca, tanta bronca que frunce las cejas, que el color del miedo es dorado como el wisky berreta que consume su progenitor. Ese domingo Andrés estuvo enojado todo el día, hizo sus maletas y simplemente se alejó.

Jesús tiene 14 años, cargaba en sus hombros a Malena de apenas tres, son hermanos y venden pañuelitos y curitas en la esquina de la histórica casona de José, quien hace ya unos meses le está enseñando a leer. ¿De qué color ves al miedo? Lee pausado Jesús y baja a su hermanita al piso. Busca en la mochila rosada de Barbie un cuaderno azul que le había regalado Don José para que practicara, y copia letra por letra. La da la mano a Malena y le cuenta que cuando lleguen a la clase de hoy le van a preguntar al don si el hambre y el miedo pueden ser del mismo color.

Mabel se reunía con las del club a tomar el té y como siempre estaba retrasada. Pasó casi corriendo por la verdad y leyó pero no entendió, cuando llegó a su cita les contó que para ella los loquitos del manicomio habían intervenido la ciudad otra vez, escribiendo frases alocadas y sin sentido por todos lados, y agregó, pobre Don José, le arruinaron su pared.

Ismael y Octavio decidieron soltarse. En esa esquina cada uno tomaría un camino distinto. En las rupturas de pareja siempre hay una parte que sufre más, había leído Octavio una vez en esos libros de autoayuda indirecta, y esta vez le tocaba estar en ese papel, lo que el libro no decía era cómo hacer para sobrevivir cuando el alma se desgarraba. Ismael le suelta la mano, lo abraza con fuerzas y le dice casi suspirando en el oído – Te voy a querer siempre, titi –

Octavio llora, pero no deja que las lágrimas mojen las margaritas estampadas en la camisa de fondo celeste que se había puesto Ismael para la despedida. Y entonces lee. ¿De qué color ves al miedo?

Lo besa, lo besa con tanta fuerza que siente un fuego recorrerle el cuerpo. Se detiene, lo mira, lo mira como quien busca encontrar una aguja en un pajar, detenidamente y se va, pensando que el miedo debe tener el color de esa última mirada.

Alfonsina había escrito esa frase porque el Alzheimer avanzaba a pasos gigantescos, y temía salir un día y no encontrar el camino a casa. ¿De qué color ves al miedo? Titulaba la última carta escrita por su hijo justo antes de que un cuartel de la policía irrumpiera en su casa y lo hicieran desaparecer por ser estudiante de letras y decir la verdad en sus poemas. Pensó en un momento de lucidez que esa pared sería de ahora en más su guía para regresar cada día, el problema fue que ese domingo el vacío de recuerdos la invadió por completo. No solo no sabía dónde vivía, sino que tampoco podía entender quién era, que hacía en esa esquina y por qué sus manos ahora eran verde musgo, color de la esperanza, esperanza que perdió cuando se quitó la vida minutos después. Para Alfonsina el miedo tenía el color del olvido, y el olvido no suele tener matices claros.

La frase sigue en la pared de José que durante años tuvo un único miedo del color de Alfonsina, o para ser más precisos, del color del Alzheimer que su compañera imprescindible tenía. Cada 21 de septiembre José llena de flores la pared que supo hacer repensar a más de uno, y todo un pueblo entiende que a veces lo intangible puede percibirse, y que los sentimientos son un algoritmo de colores imborrables.